

## **La arqueología y el espíritu coleccionista en Cuba. Su contribución al conocimiento del mundo indígena (1847-1922)<sup>1</sup>.**

*MSc. Silvia Teresita Hernández Godoy  
Grupo Carlos de la Torre, SEC*

**E**l conocimiento sobre la vida de la sociedad comunitaria de Cuba se puede reconstruir a través de fuentes históricas, representadas principalmente por los Cronistas de Indias, y por las evidencias arqueológicas, resultado de las colectas circunstanciales y de trabajos de campo. Estas últimas prácticas son de inapreciable valor dado el déficit de documentos que relaten la historia de estos grupos humanos con anterioridad a 1492, fecha en que ocurrió el contacto entre los europeos y la población nativa del archipiélago cubano, además porque contribuyen a constatar lo expuesto por los cronistas y amplían el conocimiento histórico.

En las subsiguientes tres centurias, después de la colonización de Cuba, los datos existentes sobre los aborígenes de la mayor de las Antillas fueron escasos. No fue hasta el siglo XVIII en que se conoció la primera noticia. El 5 de febrero de 1779 La Gaceta de Madrid publicó una nota curiosa, compilada años más tarde por el erudito José Antonio Saco (1797-1881)<sup>2</sup>, quien la dio a conocer en sus Papeles Científicos. La misma versó sobre el encuentro fortuito en una cueva de la hacienda de Sabalanamar, a cuarenta leguas de La Habana, de dos estatuas de guayacán negro. Aquellas representaban, según la noticia anónima, dos indios desnudos, una mujer y un hombre. La primera de pie con una corona y el segundo sostenía una fuente con los codos y rodillas. Tenían las caras feroces y miembros bien proporcionados, aclaraba la información<sup>3</sup>. Pero nada se comentó sobre quiénes fueron los posibles creadores de estos objetos, ni hubo intento alguno de desentrañar el origen de las esculturas, como consecuencia de los pocos datos e inexperiencias existentes en este campo. Más de un siglo después, Fernando Ortiz en Historia de la arqueología indocubana (1922) planteó que estas piezas eran un ídolo femenino y un dujo. Posteriormente se pierde su pista y ya nada se sabe del paradero de estas evidencias.

En cambio, durante el siglo XIX, se reportó con cierta frecuencia hallazgos de objetos pertenecientes a los primeros habitantes del territorio, algunos como consecuencia de descubrimientos casuales y otros debido a expediciones científicas, como las que dirigieron los Dres. Luis Montané Dardé (1849-1936) y Carlos de la Torre y Huerta (1858-1950) en los momentos finiseculares. Estas circunstancias contribuyeron al surgimiento del coleccionismo arqueológico, práctica que alcanzó un mayor desarrollo en las primeras décadas del siglo XX.

El auge de las ciencias naturales en nuestro archipiélago durante la centuria decimonónica, con el consecuente movimiento de la comunidad científica, favoreció la acción de recogida y resguardo de materiales relacionados con el devenir humano. La actividad colectora abarcó todas las disciplinas que se estudiaban en la época, muestras mineralógicas, zoológicas, malacológicas y evidencias antropológicas. Estas condiciones potenciaron un coleccionismo polivalente, es decir, el atesoramiento de piezas asociadas a diversas temáticas, primando una composición heterogénea de la muestra y variedad de los objetos colectados. Esta característica primó en el coleccionismo científico como en el espontáneo. La diferencia entre ambos radica en la rigurosa selección (conocimiento científico previo y claro objetivo de lo que se va a coleccionar) y preocupación de su creador por el crecimiento y completamiento del conjunto, en el primer caso, y el simple almacenamiento de piezas en el segundo, sin fines analíticos.

El criterio de colección se definió en esta etapa por la rareza de las piezas y aunque su número también fue estimado, se denominó coleccionista a quienes poseyeron indistintamente un grupo menor o mayor de piezas de cualquier naturaleza.

Inserta, y como parte integrante de la antropología<sup>4</sup> se ubicaron las huellas vinculadas a la población nativa cubana, dada la proyección de esa disciplina, de la arqueología de la época y las características de las evidencias localizadas, que consistieron principalmente y durante un buen tiempo en materiales óseos. Es así como los objetos aborígenes encontrados en la Isla pasaron a formar parte tanto de colecciones de naturalistas y antropólogos privados como de colecciones públicas. Estas muestras sirvieron de base a los estudios e interpretaciones que se realizaron sobre los primeros pobladores de la mayor de las Antillas.

Es por esta razón que el estudio del coleccionismo arqueológico está limitado por la inexistencia de fuentes originales que permiten fundamentar un coleccionismo privado en esta esfera y porque, en otros casos, se ha producido la pérdida de los inventarios originales. Tratándose de contenidos arqueológicos, la información existente es mínima, incluso algunas dispersas, ya que en esta época las evidencias arqueológicas se colocaron en colecciones de ciencias naturales y de antropología. Es por eso que resultaba imprescindible realizar este trabajo, para lograr al menos, una aproximación a la historia de los primeros pasos del coleccionismo arqueológico en el archipiélago cubano.

Este, hasta la fecha, ha sido tratado de forma aislada, aunque existen obras importantes como las de Jesse Walter Fewkes, *Prehistoric culture of Cuba* (1904), Eugenio Sánchez de Fuentes, *Cuba monumental y estatuaria* (1916), Mark R. Harrington, *Cuba antes de Colón* (1921) y Fernando Ortiz, *Historia de la arqueología indocubana* (1922) que mencionan la actividad colectora en el territorio nacional, sin embargo no realizan un análisis relacionado con la ciencia museológica, claro está no eran los objetivos de sus investigaciones.

## **LOS HALLAZGOS FORTUITOS Y LOS PRIMEROS PASOS DE LAS COLECCIONES ARQUEOLÓGICAS EN EL SIGLO XIX.**

En 1847 arribó a Cuba Don Miguel Rodríguez Ferrer (Cádiz/1815-1899). El geógrafo español logró crear un estado favorable para el inicio de los trabajos de arqueología en el país a partir de sus exploraciones y hallazgos. Como consecuencia de estas actividades en la Isla se le considera el primero en coleccionar piezas aborígenes, algunas de las cuales trasladó hacia museos de la península y a instituciones culturales recién creadas en la colonia. En sus andanzas por el territorio, Rodríguez Ferrer coleccionó las entonces llamadas piedras de rayo (hachas petaloides), cráneos deformados -que constituyeron los vestigios primigenios de los primeros habitantes en el país-, una mandíbula humana, un hacha ceremonial y un ídolo.

La mayoría de estas piezas fueron localizadas en la región oriental del archipiélago cubano y no se tiene constancia de la existencia de hallazgos anteriores a esta fecha en aquella región. Miguel Rodríguez Ferrer hizo constar en su obra, *Naturaleza y civilización de la Grandiosa Isla de Cuba* (1877), que muchas de las informaciones ofrecidas por la población rural de las áreas por él visitadas, relativas a estas evidencias, formaban parte de la tradición oral, venerada por ellos, lo cual imposibilitaba su profanación y contribuía a su preservación. Tal vez esta última explicación pudiera ser una razón para entender por qué no proliferaron hallazgos de esta

naturaleza hasta la llegada del geógrafo español. Las pocas exhumaciones de restos humanos que se conocen antes de 1847 fueron referidas sucintamente en las Memorias de la Sociedad Económica Amigos del País en 1842 y 1843. La primera noticia concerniente a la visualización en una cueva de Pinar del Río de fragmentos de cráneos humanos, y la segunda el estudio de un montículo funerario en Camagüey, recorrido por Ferrer años después.

Los objetos localizados fueron estudiados por éste y aunque en su mayoría constituyeron un primer intento de ordenamiento de los materiales según su posible origen y el grado de desarrollo de los hombres que las confeccionaron, éstos no rebasaron los elementos descriptivos. Precisó que el material de las hachas petaloides era diferente, mientras que la mayor era de diorita, la pequeña estaba elaborada en serpentina, de lo cual dedujo que los grupos humanos que las concibieron tenían un conocimiento suficiente como para trabajar las materias duras, en cambio, no se atrevió a asegurar un origen insular de los útiles localizados. Al concebir a los indocubanos como "primitivos" no los consideró con las habilidades requeridas para tales realizaciones, por lo cual determinó la procedencia foránea de estas piezas.

En cuanto a los cráneos deformados, el naturalista español después de contradecirse en numerosas ocasiones decidió aceptar su existencia artificial pero no intentó establecer la procedencia de los hombres que la practicaron y el por qué de esa costumbre. Estos materiales óseos trascendieron para la arqueología indocubana y el conocimiento de los integrantes de la sociedad comunitaria. A partir de ellas comenzaron a vertebrarse las primeras hipótesis sobre quienes y cómo eran los pobladores iniciales del territorio; al principio con criterios desacertados como la creencia de que los cráneos deformados pertenecían a grupos caribes. También con esta evidencia se colocó a la antropología y arqueología cubanas en el registro mundial de estas disciplinas, al llevar las piezas a Europa, divulgar el hallazgo y compararlas con otras allí localizadas.

Los dos ídolos que se describen en *Naturaleza y civilización de la grandiosa Isla de Cuba* son reconocidos en la literatura arqueológica como *Idolo de Bayamo* y *Hacha de Cueva de Ponce*. El primero, procedente de la hacienda Valenzuela, cerca de Bayamo, fue entregado a Rodríguez Ferrer por el propietario de aquella, el Licenciado Desiderio Estrada. Esta pieza es una de las más importantes del arte de las comunidades agroalfareras de Cuba. Manifiestamente antropozoomorfo, está elaborado en piedra arenisca, gris verdosa, semidura y representa una cabeza humana con el resto del cuerpo, extremidades y posición o movimiento semejante a un animal: un batracio (rana o sapo). Se encuentra en actitud de reposo, apoyado sobre las extremidades posteriores y el cuerpo inclinado hacia fuera. Estudios posteriores han asociado, por la condición anfibia del animal representado, a este cemí con una deidad de las aguas. Esta descripción del ídolo efectuada por el español es la aceptada por los arqueólogos cubanos, en contraposición a la realizada por Andrés Poey en su obra de 1850. Aquel compartía la hipótesis de su padre de que el *Ídolo de Bayamo* era la representación de un mono de género *Cynocephalus* y algunas asas de cazuela las relacionó con una apariencia simiesca. Esta última idea, no así la del ídolo, sería corroborada después de un siglo de estudios arqueológicos en el área antillana. Manuel García Arévalo, investigador dominicano, entre otros, ha demostrado esta representación en las asas de barro como confirmación de la existencia de estos animales en el caribe.<sup>5</sup> En cuanto al criterio de Poey de que el cemí era un mono, quedó desterrada de los círculos intelectuales confirmándose las certeras precisiones expuestas por Rodríguez Ferrer.

El segundo ídolo, procedente de la caverna de Ponce, en Maisí, se registra como *Hacha de Cueva de Ponce*. Este

El fue obsequiado a Ferrer el 30 de julio de 1847 por un vecino de la zona de Baracoa, provincia de Guantánamo. La pieza que fue hallada en esta cueva por Juan Pradal, es un hacha que presenta una figura antropomorfa. En uno de sus extremos es de forma simétrica por sus dos caras, con boca y dientes, ojos, nariz, brazos y cofia, mientras que la superficie de la pala es lisa. Andrés Poey también describió este bello ejemplar aunque erróneamente lo consideró un pescado.

El geógrafo español se ocupó del cuidado, preservación y estudio de los objetos localizados. Traslado hacia la península la mandíbula de Camagüey, los cráneos y el hacha de Cueva de Ponce, que no retornaron a la Isla. Además, realizó la donación de otras piezas a instituciones públicas que se creaban en la Habana en ese entonces y que pasarían a integrar los museos que se irían conformando posteriormente. Al efecto el ídolo de Bayamo, un fémur y dos cráneos deformados, pasaron a formar parte de los fondos del Gabinete de Historia Natural de la Universidad de la Habana y los otros materiales a diversos museos y gabinetes de la península.<sup>6</sup> En esta etapa inicial se interrelacionaba la actividad colectora como resultado de los hallazgos fortuitos.

La búsqueda efectuada por Miguel Rodríguez Ferrer en la mayor de las Antillas contribuyó sin lugar a dudas al comienzo del coleccionismo arqueológico. Su acción de colecta puede definirse como un acto espontáneo en función de la rareza de las piezas localizadas, sin embargo, esa pasión inicial dio paso a una labor de mayor alcance, ya que se interesó por describirlas y cederlas a instituciones y centros especializados como lo fue el Gabinete de Historia Natural de la Universidad de la Habana. El naturalista también recogió muestras mineralógicas en el territorio.

En otra dirección, le corresponde al Dr. Felipe Poey (1799-1891), el honor de ser el iniciador del estudio y publicación gráfica de estos objetos arqueológicos en su artículo *Cuban antiquities* (1855). El meteorólogo, al describir las reliquias indígenas, divulgó los hallazgos dentro y fuera del país, además de promover el interés de numerosas personas hacia esta disciplina, siendo éstos los elementos que realzan dicho , pues por otra parte sus interpretaciones fueron desacertadas, no solo por la incorrecta explicación que presentó sino porque las ubicó como signos de tradición indostánica.

También los miembros de las sociedades científicas creadas en el siglo XIX se preocuparon por el destino de las piezas arqueológicas localizadas e intentarían interpretar dichas evidencias. En algunos casos fueron certeros y en otros errados. De cualquier forma el debate contribuyó a mejorar el conocimiento sobre la población nativa de la mayor de las Antillas y a la creación de museos en las diferentes corporaciones. Algunos intelectuales mencionaron piezas en sus trabajos como miembros de las sociedades científicas a las cuales pertenecieron pero no fueron coleccionistas privados. Ellos son: Antonio Bachiller y Morales (1812-1899), Luis Montané Dardé (1849-1936) y Carlos de la Torre (1858-1950).

Bachiller y Morales concentra su labor, dedicada al estudio de los indocubanos, en la presentación de un hacha petaloide en el seno de la Sociedad Antropológica y sus aportes al conocimiento del lenguaje, en su libro *Cuba Primitiva*. Es difícil seguir el rastro del objeto atesorado por el erudito cubano en 1886 ya que posteriormente no volvió a hacer alusión al mismo. De hecho la labor historiográfica fue más importante para este autor que la arqueológica, ya que sin duda esta última fue aislada.

En cambio, es preciso analizar la participación de los Dres. Luis Montané Dardé y Carlos de la Torre en el coleccionismo arqueológico del siglo XIX, desde la perspectiva del coleccionismo público del cual formaron parte.

## **LOS MUSEOS PÚBLICOS: INSTITUCIONALES Y DOCENTES.**

Desde la asociación de los grupos académicos en plena mitad del siglo XIX quedó demostrado el interés de aquellos por la creación de museos, como forma de mostrar los adelantos de la ciencia. Estas exigencias se vieron plasmadas en todos los foros intelectuales: Sociedad Económica de Amigos del País, La Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana y Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba, cuyos resultados fueron la creación de los denominados museos públicos de orden institucional<sup>7</sup>, "...los que organizan las instituciones sociales y culturales como liceos, ateneos, casinos, gremios, iglesias, logias masónicas, etc"<sup>8</sup>.

Las exhibiciones en los museos tuvieron por objeto la finalidad de ser presentados para un amplio público. Precisamente, por la forma de desarrollo de la actividad científica en el país, los primeros museos de estas instituciones fueron de Historia Natural, término que nucleaba todas las evidencias del devenir humano, entre ellas las de antropología y las de arqueología.

La existencia de un museo en la Sociedad Económica Amigos del País desde 1838, fue certificada en el artículo de Bachiller y Morales en "De la antropología en la Isla de Cuba, sus antecedentes y precursores"<sup>9</sup>. El referido museo era dirigido por el Dr. Felipe Poey, ayudado por su hijo Andrés. También en el seno de la Sociedad Antropológica de Cuba (SAC) se manifestó la idea de crear un museo entre sus miembros. En acta del 1 de septiembre de 1878, uno de sus asociados, el Dr. Pedro Valdés Ragués, planteó que dicha instancia estaba en vías de formación. Pero es Antonio Bachiller y Morales quien propone el 16 de diciembre de 1883, el surgimiento de un museo de arqueología. En esta fecha los objetos arqueológicos conocidos eran los mencionados del geógrafo español y los pocos materiales atesorados por Francisco Jimeno.

El criterio sobre el museo arqueológico propuesto por Bachiller es el primero que plantea diferenciar las piezas arqueológicas de las antropológicas, en un ambiente donde el evolucionismo lidereaba y junto a él todas las concepciones científicas que partían de premisas naturales. Ciertamente el material de factura aborígen era exiguo en aquellos momentos, pero esta idea defendía la necesidad de desarrollar estos estudios en la Isla. El interés por afianzar los conocimientos y preparar las colecciones de procedencia aborígen se pone de manifiesto, además, en el hecho de que en el Boletín de dicha asociación se pedía por esos años, al público en general la entrega de cualquier útil indígena, "...aunque sea para realizar su descripción (...) cráneos, huesos y piedras de rayo"<sup>10</sup>; y se interesaban por las tradiciones y palabras de origen "primitivo"<sup>11</sup>. Aunque no hay constancia de la creación de este museo, la intención de fundarlo expresa que la SAC estaba en concordancia con los progresos de este campo de estudio en Cuba y favorecía el desarrollo de la disciplina arqueológica en sus debates científicos.

El Dr. Luis Montané Dardé, como miembro de esta corporación, realizó una visita a las Lomas de Banao en Sancti Spiritus; localizó un cementerio aborígen con cráneos no deformados, los cuáles estudió y divulgó en París entre los antropólogos físicos. Estas piezas fueron donadas a la Academia, donde finalmente se concretaron los intentos de crear un museo que tuviera piezas indígenas.

## **LA ARQUEOLOGÍA EN EL MUSEO DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MÉDICAS, FÍSICAS Y NATURALES DE LA HABANA.**

El Museo de la Real Academia de Ciencias, cuyo nombre oficialmente fue Museo Indígena de Historia Natural de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana, se fundó en 1874 en la sede de dicha institución, actual calle Cuba, #462, Habana Vieja. Esta corporación venía coleccionando piezas relativas a la historia natural en su concepto más amplio, que incluía antropología, arqueología, muestras zoológicas, mineralógicas, entre otras, desde 1861, año de su creación.<sup>12</sup>

En comparación con las colecciones de rocas, minerales, animales, plantas, fósiles y piezas de anatomía patológica; la de objetos arqueológicos era mucho menor. Los exponentes se localizaban dentro de la colección titulada arqueología y antropología. Esta sección de Antropología, Arqueología y Paleontología se había creado en el museo en 1889, a raíz de la entrada del Dr. Carlos de la Torre, como académico de número; quien cedió a la institución una colección de antigüedades cubanas y otra de arqueología puertorriqueña. El crecimiento del tesoro arqueológico se verificó, años más tarde, por las expediciones científicas a tierras orientales llevadas a cabo por los Drs. de la Torre (1890) y Luis Montané Dardé (1891).

Los artefactos colectados en Cuba eran un conjunto de hachas petaloides<sup>13</sup>, puntas líticas, de la zona de Santi Spiritus; el Idolo de madera que le fuera donado a Montané en 1888<sup>14</sup>, once cráneos y numerosos huesos.

Esta colección se trasladó posteriormente de forma íntegra, al museo antropológico Montané de la Universidad de La Habana.<sup>15</sup> Precisamente este centro junto al Museo de Santiago de Cuba, fueron las dos grandes colecciones públicas que atesoraron en Cuba importantes y valiosos objetos arqueológicos, durante el siglo XX.

De esta forma durante el siglo XIX se manifestaron los primeros indicios de un coleccionismo arqueológico, como parte integradora de uno más amplio de carácter polivalente, donde primaron las muestras relativas a las ciencias naturales. La actividad colectora presente entre destacados intelectuales y personalidades de la vida política, social y cultural condicionó un simple proceso de almacenaje espontáneo en algunos casos y una actividad científica en otros. Sin duda, el primigenio coleccionismo, contribuyó al desarrollo de las exploraciones arqueológicas y los investigadores que se refirieron a esta etapa de la historia insular las emplearon como base para sus estudios. En cambio, el fin científico en el coleccionismo arqueoantropológico<sup>16</sup> se verifica en el estudio del material óseo, realizado indistintamente por Felipe Poey, Michelena y principalmente Luis Montané Dardé. Dichos trabajos fueron favorecidos por la profesión de estos investigadores, antropólogos en su mayoría; y la proyección de la antropología cubana durante la centuria decimonónica, influenciada por la antropología francesa.

Al realizar una distinción en la trayectoria del coleccionismo arqueológico del XIX entre los espacios públicos y privados, el primero de ellos alcanzó logros más contundentes, sobresaliendo el museo institucional de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana. Las pequeñas muestras sin duda contribuyeron a la especialización y conformación en el siglo XX de museos con perfil más estrecho, como el Museo Antropológico Montané de la Universidad de La Habana.<sup>17</sup>

Es a partir de los primeros años del siglo XX que se puede historiar de alguna forma sistemática y con mayor

cantidad de datos, las colecciones arqueológicas en la Isla, cuyos resultados contribuirán a ir bosquejando ese período histórico y los grupos humanos que lo integraron.

## **EL COLECCIONISMO ARQUEOLÓGICO EN LOS INICIOS DEL SIGLO XX (1900-1922)**

En las primeras décadas del XX, a diferencia del XIX, algunos autores trataron en sus textos aspectos relativos a la conformación de colecciones arqueológicas en el archipiélago cubano. Estas fueron analizadas a nivel descriptivo y cuantitativo por Fewkes (1904), Eugenio Sánchez de Fuentes (1916), Harrington (1921) y Ortiz (1922). También valoraron su importancia para el conocimiento de la vida de la sociedad comunitaria de Cuba; circunstancia que fue condicionada por la labor desarrollada por arqueólogos norteamericanos en la mayor de las Antillas y las características de sus investigaciones. Ellos magnificaron el estudio de las evidencias materiales que localizaron en sus exploraciones y tuvieron en cuenta, además, las piezas encontradas en colecciones públicas y privadas, que en algunos casos como el de Harrington, ayudaron a fomentar.

Al efecto se proyectó una visión diferente de la población nativa de Cuba que se dividió en dos grupos culturales; ciboney y taíno, correspondiente a dos estadios de desarrollo diferentes y se amplió el espectro de la actividad colectora hacia otras piezas desconocidas para la arqueología cubana que con anterioridad a esta fecha se concentraba en objetos de buen acabado: ídolos, hachas y el material óseo.

Las colecciones privadas del territorio nacional, durante las dos primeras décadas de la centuria, la conformaron principalmente diversos objetos llamativos y poco comunes en el panorama científico del archipiélago. Entre las más sobresalientes de esta etapa, se encuentran, las pertenecientes al coronel Rasco en La Habana y al profesor Eduardo García Fera, en Holguín.

Federico Rasco y Ruiz, Coronel del ejército libertador, fungía en 1916 como jefe del distrito militar de Pinar del Río y al parecer en 1921 pasó a residir en la capital. Su extensa colección, provista de importantes piezas aborígenes, fue resultado de su estancia en los campos cubanos, particularmente en la región oriental. Sobre la concepción del registro de sus 46 objetos museables ((1) dujo o asiento de madera, (1) rallador de casabe o guayo, (1) piedra cónica, (3) ídolos, (13) hachas petaloides, (1) mano de Almirante (majador), (2) piedras de forma discoidal, (2) vasijas de barro, (13) Asas decoradas, (8) Cráneos deformados y (1) taza de madera) poco se sabe. Las informaciones divulgadas en textos y artículos que la refirieron a principios del siglo XX, nada comentan sobre si Rasco llevaba una documentación referente a las piezas que atesoraba y cuáles eran sus características físicas. Es difícil arribar a conclusiones certeras cuando se desconocen fuentes primarias documentales.

Más tarde, la misma, pasó a engrosar los fondos del Museo Antropológico Montané de la Universidad de la Habana. Actualmente parte de la colección se encuentra en exposición y otras piezas están guardadas en almacén, como es habitual en dichas instituciones.<sup>18</sup>

Por su parte, Eduardo García Fera (1871-1941), coleccionista holguinero, inició su afición a la arqueología por influencia de su amigo Fernando García y Grave de Peralta. Maestro en su tierra natal, logró conformar una colección de piezas aborígenes, las cuales estudió y promovió su conocimiento, a través de las noticias arqueológicas, por él publicadas, además de ser gestor del museo de su ciudad. Su tesoro hasta 1922 lo conformaron: 49 hachas petaloides, de diversos materiales líticos, todas catalogadas con su lugar de

procedencia; fragmentos de ollas y asas de barro decoradas, percutores, majadores, un pendiente de piedra e ídolos de arcilla. Además de los artefactos aborígenes García Fera al igual que otros eruditos naturalistas, poseyó una colección polivalente con moluscos, minerales, insectos y objetos ilustrativos de la historia de Cuba.

La colección García Fera fue una colección ordenada científicamente, con sus números de catalogación, área de procedencia, descripción y caracterización de las piezas atesoradas. Es decir que cumplía con todos los requisitos científicos para denominarla como parte de un coleccionismo enciclopédico. Esta colección ingresó años más tarde a los fondos de la Academia de Ciencias en La Habana y posteriormente algunas piezas fueron trasladadas por el arqueólogo José Manuel Guarch hacia la provincia de Holguín. Algunas de éstas hoy pueden ser visitadas en "La Periquera", el Museo Provincial de esta ciudad.

Otras muestras arqueológicas son citadas por Harrington y Fernando Ortiz, las que definen como colecciones: la de Rafael O´Fallon en Santiago de Cuba y Pedro García Valdés en Pinar del Río. La del primero incluyó dos esculturas en hueso de Pueblo Viejo, al parecer partes de una espátula vómica, un pendiente de cuarzo que representa la cabeza de un ave, un mazo de piedra para moler con similar efigie y un trigonolito. Salvo la última procedente de Holguín, todos los artefactos fueron localizados en Baracoa. La colección de Pedro Gou Valdés era mucho más modesta estaba formado por sólo cinco hachas petaloides.

Otras personas son mencionadas como coleccionistas en este período: los Srs. Galta y Enrique Prada del Barrio del Jauco, Baracoa, Ramsden en Guantánamo; y Antonio Acosta Hernández en Pinar del Río, Juan Manuel Domínguez y Dumois, Ramón Sierra García y Mayo Carrington en Holguín. Tener en cuenta la existencia de aquellos es importante para la historia de la arqueología en Cuba y sus colecciones, pero desconocemos cuáles fueron las características de su actividad colectora por la inexistencia de fuentes que ilustren al respecto. Estas personas fueron partícipes de la recogida de materiales de la población nativa del archipiélago, resultado de hallazgos fortuitos que conllevó una colecta espontánea pero que indiscutiblemente contribuyó al incremento del registro informativo que sobre los aborígenes se tenía.

La búsqueda de evidencias arqueológicas y la conformación de las colecciones privadas, favorecieron el posterior fomento de las colecciones públicas.

## **LOS MUSEOS PÚBLICOS EN LAS PRIMERAS DÉCADAS DEL SIGLO XX Y SUS APORTES AL CONOCIMIENTO HISTÓRICO.**

El Museo Antropológico Montané de la Universidad de La Habana.

La Real y Pontificia Universidad de la Habana creada en 1728 se integró como otras asociaciones académicas al movimiento científico del país y a los adelantos de las ciencias naturales del siglo XIX. Portadora del espíritu decimonónico, al igual que la Sociedad Económica Amigos del País, la Universidad fundó desde 1842 el Gabinete de Historia Natural de la Real Universidad de La Habana. Esta sede atesoró en aquel entonces muestras de minerales, fósiles, maderas, moluscos y escasas colecciones de reptiles, peces e insectos. La primera pieza arqueológica que recibió esta institución, única de su tipo por mucho tiempo, fue el ídolo de Bayamo, donado por Miguel Rodríguez Ferrer. La entrega se notificó en 1862 y fue ampliada con un fémur y dos cráneos deformados de las cavernas de Maisí.



Con la creación en 1898 de la cátedra y laboratorio de Antropología en el centro docente, resultado de la orden 212 del gobierno interventor, se consolidó la creación de un museo antropológico en la sede universitaria. Sin embargo, es en el siglo XX que el nuevo museo se piensa y organiza como una institución de carácter multifuncional. Supera entonces, la concepción de simple lugar de exposición para convertirse en un centro en el que la investigación se acompaña de la conservación y la educación.

El denominado Museo Antropológico Montané (a partir de 1903) en honor al célebre antropólogo y catedrático cubano que impulsó los estudios de esta disciplina en el país, fue establecido por unánime acuerdo de la Facultad de Ciencias y Letras. En él se agruparon diferentes colecciones: antropológicas, etnológicas y arqueológicas, procedentes de diversas instituciones habaneras: Academia de Ciencias de La Habana, Escuela de Medicina, Farmacia y Cirugía Dental y la Presidencia y Tribunales de La Habana. Sus colecciones estuvieron desde el primer momento concebidas en función de la docencia universitaria; de ahí su definición como museo público docente y aquella se caracterizó por tener una proyección de real coleccionismo científico por varias causas. La primera de ellas, la dirección del experimentado Dr. Luis Montané Dardé y en segundo término los interventores en la formación de su tesoro: los donantes, Carlos de la Torre, el propio Montané, Cosculluela y Harrington, además de los traslados procedentes de preciadas instituciones, destacándose el Museo de la Real Academia. Sin embargo, debe considerarse que la información de los objetos museables se completaría con el desarrollo de la disciplina arqueológica en el país y la profundización en el análisis de la vida de la sociedad comunitaria de Cuba, a partir de las interpretaciones de sus huellas materiales.

Formaron parte de su colección pública las siguientes piezas: el Ídolo de Bayamo (Rodríguez Ferrer / 1847), dos cráneos deformados (Rodríguez Ferrer / 1847), dos cráneos de Boca del Purial (Montané / 1888), el hacha monolítica de Cueva Ovando, la jicotea tallada en arenisca, material de concha y algunas hachas petaloides (Carlos la Torre / 1890), un cráneo no deformado y material de concha (Montané y Cosculluela / 1914), el llamado ídolo del tabaco donado en 1906 por el presidente Estrada Palma y bastones, cazuelas de madera y un entierro taíno en posición semiflexada donados por el arqueólogo norteamericano Mark R. Harrington. También se sabe que la colección Rasco pasó a integrar el tesoro del museo, aunque no se pudo precisar la fecha de su ingreso, no solo por la referida pérdida de la documentación original del centro sino porque el expediente de esta institución que localicé en el Archivo de la Universidad de La Habana finaliza en 1915 y hasta ese momento no se menciona la entrada de las piezas.

El significativo rol desempeñado en la enseñanza de la historia, arqueología y antropología por el Museo Antropológico Montané de la Universidad de La Habana desde su fundación, aún está vigente, aunque ha perdido con el tiempo su liderazgo en el acontecer arqueológico de la mayor de las Antillas. No obstante, el papel protagónico que desempeñó durante el pasado siglo lo conserva a través de su importante colección con ejemplares únicos para el estudio del arte utilitario y ornamental de la sociedad comunitaria de Cuba.

El museo de Santiago de Cuba.

También en la porción oriental del archipiélago cubano se constató el coleccionismo arqueológico. El museo de Santiago de Cuba, más tarde conocido como Museo Bacardí<sup>19</sup>, en honor a su fundador, surgió el 12 de febrero de 1899, como iniciativa del ilustre santiaguero Don Emilio Bacardí Moreau (1844 - 1922) y su colaborador José

Bofill (1892-1946). Al principio su sede fue instalada en las casas # 25 y 27, en Santo Tomás baja, hoy calle Félix Pena y en 1901 se trasladada a San Francisco alta # 13 y a Enramadas baja # 26. En pésimas condiciones de conservación, los fundadores del museo comenzaron la gestión para el cambio de inmueble. El Ayuntamiento de la ciudad cedió el terreno que ocupaba el cuartel de Dolores en Aguilera y Pío Rosado y en 1922 comenzaron las labores de construcción.<sup>20</sup>

La colección arqueológica que atesoró el museo santiaguero fue célebre desde sus inicios, por la importancia de las piezas expuestas, aunque éste se dedicó a una función de carácter público, cultural y no estuvo vinculado a la docencia, como tempranamente lo hizo el Montané de la Habana. Al igual que el museo universitario de la capital, el de Santiago de Cuba atesoró piezas cubanas y extranjeras.

Los objetos de arqueología cubana más valiosos que presentaba esta institución eran los cemíes líticos, únicos y de gran valor museable, procedentes de Playa larga, entre Guantánamo y Santiago, y que se reconocerían posteriormente como los ídolos tallados en estalagmitas<sup>21</sup>.

Estos seis cemíes en total, fueron localizados en la primera década del siglo XX, cerca del poblado de Aguadores, Baracoa. Otras piezas que integraban dicha colección eran las ollas de barro ornamentadas; 12 en buen estado y cinco fracturadas; un guayo para rayar la yuca, cuatro pilones de piedra para triturar granos con sus manos de mortero y hachas pulimentadas, además de los objetos que O'Fallon había dejado en depósito a este museo.

Los elementos museables resguardados en el Museo de Santiago de Cuba sirvieron como material comparativo con otras colecciones existentes en el archipiélago cubano y las Antillas, a fin de analizar el desarrollo de las comunidades aborígenes que aquí habitaron. Los gestores de dicha institución se encargaron de ampliar su tesoro, además de profundizar sobre el conocimiento de la vida de los nativos a través de la correspondencia que mantuvieron con otras instituciones similares de la Isla que tenían iguales propósitos de conservar el patrimonio legado por nuestros ancestros.

El registro documental original de las piezas de este centro santiaguero actualmente no existe. Los traslados continuos de las colecciones a diferentes inmuebles contribuyeron, infelizmente, a su pérdida. Sin embargo, se puede constatar la preocupación de Bacardí y Boffill por realizar un coleccionismo científico a través de las misivas establecidas con otro gran museo inaugurado en el siglo XX<sup>22</sup>, el Museo Oscar María de Rojas, de la ciudad de Cárdenas en Matanzas, nombre que adquirió de su gestor<sup>23</sup>.

Los museos públicos con colecciones arqueológicas de algún modo ayudaron a la institucionalización de esta actividad en el país. Los conservadores de dichos centros se preocuparon por la ampliación y divulgación de sus fondos. El estudio de las piezas atesoradas por estas instituciones contribuyó a la reconstrucción histórica del pasado aborigen. El año 1922 culminó con un viraje para las labores de esta índole. Las polémicas decimonónicas y el exiguo conocimiento sobre los indocubanos iban quedando detrás. Esta etapa fue, indiscutiblemente, un período largo de gestación del pensamiento arqueológico, que aún primigenio, apoyaría su consolidación para las venideras décadas del treinta y el cuarenta.

## CITAS Y NOTAS

- (1) Este trabajo forma parte de la investigación Los estudios arqueológicos y la historiografía aborigen de Cuba (1847-1922), premio anual de investigación 2004-2005, otorgado por el Centro Juan Marinello.
- (2) Saco estudió filosofía y derecho. Aventajado discípulo del prebistero Félix Varela le sustituye en la cátedra de filosofía en 1921. Miembro de la SEAP, se le reconoce como gran intelectual, reformista y antiesclavista. Sus obras más importantes son Colección de papeles (1858-1859), Colección póstuma (1881) e Historia de la esclavitud (1875-1893).
- (3) José Saco. Arqueología cubana. En: Colección de papeles científicos, históricos, políticos y de otros ramos sobre la Isla de Cuba. París. 1858. T I. p 408.
- (4) Durante la segunda mitad del siglo XIX se desarrollan los estudios arqueológicos insertos en los estudios de antropología física, influencia de la antropología francesa.
- (5) Juan J. Arrom y Manuel García Arévalo. El murciélago y la lechuza en la cultura taína. Santo Domingo. 1988 y Herrera Fritot, R. Arquetipos zoomorfos en las Antillas Mayores. La Habana. 1952.
- (6) El hacha de Cueva de Ponce se localiza actualmente en el Museo de América de Madrid, ubicado en la Avenida de los Reyes Católicos, No. 6. Con el # de inventario 3301 tiene buen estado de conservación y unas dimensiones de 18.5 cm x 11.8 cm. Para profundizar en esta pieza ver de Manuel Rivero de la Calle, "Estudio comparativo y localización del hacha de ceremonia de Cueva Ponce". En: Revista Santiago. Sep. 1984. No. 55. pp. 147-158. Una copia de la misma se conserva en el Museo Montané de la Universidad de La Habana.
- (7) La clasificación utilizada ha sido referida en el texto del investigador matancero Urbano Martínez Carmenate, titulada, El coleccionismo en Matanzas (del gabinete privado al museo público). Museo Palacio de Junco. Matanzas. 2000.
- (8) Idem. p 9.
- (9) Boletín de la SAC. Mayo de 1885. No. 7. pp. 150-164.
- (10) Boletín de la Sociedad Antropológica de Cuba. T I, 15 de julio de 1886. Núm. 33. P 72.
- (11) Esto pudo ser el antecedente para las obras filológicas del XIX y XX.
- (12) Para ampliar este aspecto consultar la obra de Armando García, Del Museo de la Real Academia de Ciencias... La Habana. 1994.
- (13) Fewkes cita en su obra diez hachas las existentes en este museo en 1904.
- (14) Este ídolo de madera en 1922 se encontraba en el Museo Montané, y Harrington y Ortiz lo definieron certeramente como de factura africana. Este es la razón por la cual pasó a los fondos de la Academia de Ciencias en la década del sesenta. Fondo Fernando Ortiz, Arq. IV, Carp. 12, No. 126 y entrevista a Ramón Dacal Moure. 18 de abril de 2002.
- (15) Tal vez otro argumento para plantear que estas colecciones fueron trasladadas al museo Montané antes de 1935, estaría dado porque el erudito Don Fernando Ortiz en la segunda edición de su texto Historia de la arqueología Indocubana no menciona esta colección de la Academia.
- (16) Lo defino así porque los elementos eran óseos catalogados como material antropológico pero a su vez eran evidencias de grupos aborígenes, por lo tanto también arqueológico.
- (17) Después de 1892 la incipiente labor arqueológica iniciada con las expediciones científicas al oriente del país se paraliza por la guerra en la última década del siglo XIX. Sin embargo, se reportan informaciones relativas a la localización de piezas aborígenes durante la contienda de 1895. La utilización de la manigua y todas las zonas resguardadas por la naturaleza como las cuevas y campos labrados, propiciaron algunos descubrimientos por parte de interesados y neófitos en la materia. Por ejemplo, el Sr. Fernando García y Grave de Peralta exploró algunas zonas de La Habana (Boca Ciega, Campo Florido, Alquízar) entre 1895 y 1897, encontrando hachas petaloides que se definirían como colección en la centuria posterior. Esta la integraron un total aproximado de 37 hachas procedentes de La Habana y Puerto Padre, un ídolo masculino, burenes, vasijas de barro y cuchillos de piedra. Los últimos utensilios procedentes del oeste de la Isla.
- (18) La divulgación de la colección del Coronel Rasco entre los círculos intelectuales y académicos en la primera década del siglo XX, propició que la zona del Jauco fuese la primera seleccionada por el investigador norteamericano Mark Raymond Harrington, para emprender las exploraciones arqueológicas en la Isla.
- (19) Esto ocurre después de su muerte y con la entrega del edificio al ayuntamiento de la ciudad por su viuda, Elvira Cape, el 28 de agosto de 1927; y la reinauguración del mismo el 20 de marzo de 1928.
- (20) Hoy sigue siendo la actual sede del museo y su arquitecto fue Segrera.
- (21) Durante la expedición de Harrington a Maisí en 1919 cortó una de estas tallas en la cueva La Patana que hoy se conserva en el Museo del Indio Americano en Nueva York.
- (22) Ernesto Álvarez Blanco. Oscar María de Rojas. Matanzas. 2001.
- (23) El Museo Oscar María de Rojas, inaugurado el 19 de marzo de 1900, poseyó una de las colecciones polivalentes más grandes e importantes del país, que incluyó conquiología, numismática, cerámica, armas, curiosidades y reliquias históricas, entre ellas algunos objetos que pertenecieron a José Martí; zoología, y camafeos. Sin embargo, antes de 1922 no registró piezas de arqueología cubana. Este es el único museo en Cuba en esta etapa, que conserva los libros de inventario originales de puño y letra de su fundador, demostrando sus características científicas, aunque, la arqueología no fue contemplada en los inicios del naciente museo.

## BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

- Alcina Franch, José (1989): Arqueología antropológica. EdicionesAKAL. Madrid.
- Álvarez Blanco, Ernesto (2001): Oscar María de Rojas. Ediciones Matanzas. Matanzas.
- Colectivo de Autores Museo Emilio Bacardí (1983): Museo Emilio Bacardí. Editorial Oriente. Santiago de Cuba.
- Dacal, Ramón y Manuel Navarro (1972): El Ídolo de Bayamo. Museo Montané. La Habana.
- Dacal, Ramón y M. Rivero de la Calle (1986): Arqueología aborigen de Cuba. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana.
- Fewkes, Jesse Walter. "Prehistoric culture of Cuba". En: *American Anthropologist*. Vol VI. # 5. 1904.
- García, Armando (1994): Del Museo de la Real Academia de Ciencias Naturales, Físicas y Médicas de la Habana. Editorial Academia. La Habana.
- García, Fera (1942): Colección arqueológica. Editorial Neptuno. La Habana.
- Martínez Carmenate, Urbano (2002): Las colecciones de arte en Matanzas. Tesis doctoral. Inédito.
- \_\_\_\_\_ (2000): El coleccionismo en Matanzas (del gabinete privado al museo público). Museo Palacio de Junco. Matanzas. Inédito.
- Mercier, Paul (1977): Historia de la antropología. Ediciones Península. Barcelona.
- Ortiz, Fernando (1922): Historia de la arqueología indocubana. Imprenta El Siglo XX. La Habana.
- Pané, fray Ramón (1990): Relación acerca de las antigüedades de los indios. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana.
- Poey, Andrés (1853): "Antiquities of Cuba, A brief description of some relics found in the Island of Cuba". *American Ethnological Society*. New York, (3), part I. 185-202.
- Puig-Samper, M A y A. Galera (1983): La antropología española del siglo XIX. Instituto de Arnau de Vilanova. Madrid.
- Rivero de la Calle, Manuel (1966): Actas de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba. [s.e]. La Habana.
- \_\_\_\_\_ (1984): "Estudio comparativo y localización del hacha de ceremonia de Cueva Ponce". En: *Revista Santiago*, (55), 147-158.
- Rangel González, Armando (2001): Algunos aspectos sobre la historia de la antropología: El museo Montané. Tesis Doctoral. La Habana. Inédito.
- Rodríguez Ferrer, Miguel (1879): Naturaleza y civilización de la grandiosa Isla de Cuba. Imprenta de Nogera. Madrid.
- Saco, José Antonio (1858): Arqueología Cubana". Colección de Papeles Científicos, históricos, políticos y de otros ramos. Imprenta de D'aubusson y Kugelman. París. 408.
- Sánchez de Fuentes, Eugenio (1916): Cuba monumental y estatuaria. (s.e). La Habana.
- Sánchez Roig, Mario (1944). Los museos de la Academia. El Apóstol. La Habana.
- Torriente, Zoe (1974): Anales de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana. Índice analítico. Academia de Ciencias de Cuba. La Habana.
- Universidad de La Habana (1972): Índice de los materiales expuestos en la sala del Museo Antropológico Montané. Imprenta Urselina Báez. La Habana.

## FUENTES PERIÓDICAS

- Anales de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana. (1874-1910).
- Boletín de la Sociedad Antropológica. (1879-1885).

## FUENTES DOCUMENTALES

1. Archivo del Instituto de Literatura y Lingüística. Fondo Fernando Ortiz.
2. Archivo Museo de la Ciudad. Ciudad Habana. Fondo Jimeno
3. Archivo Museo de Historia de la Ciencia "Carlos J. Finlay". Fondo Expedientes Académicos.
4. Archivo de la Universidad de La Habana. Fondo Histórico Administrativo. Expediente del Laboratorio y Museo Antropológico Montané.
5. Libros de Inventario del Museo Antropológico Montané. Universidad de La Habana.